

DE DIALOGO EN DIALOGO

Por VICENTE MARRERO

"Si vendrá o no el otoño católico que Aranguren teme, yo no lo sé, pero si sé que llegará el día en que habrá que dialogar y que, si no nos preparamos para ese día, entonces no tendremos otoño, sino invierno, e invierno crudo."—JOSÉ M. GARCÍA ESCUDERO.

Resulta sintomático que con la palabra diálogo se esté a punto de hacer, se esté haciendo ya un banderín de enganche en la vida cultural de nuestro país. Hecho indiscutible que nos honra muy poco. Al menos, en su mismo reconocimiento se encierra la censura de una situación a la que nos duele ver tratada de modo tan desangelado. Pero necesario es tomar las cosas como se presentan y dejar al margen ciertas disquisiciones que tal actitud nos sugiere.

Sin diálogo no hay vida cultural ni la ha habido nunca. Mas tenemos vida cultural y en ella hay y ha habido siempre diálogo. Hasta algunos, en muchas ocasiones, hemos dialogado con la mismísima repulsa y el más gélido de los silencios. Sólo que no nos ponemos de acuerdo en los términos. Los más caracterizados entre los que ahora enarbolan la palabra diálogo como panacea nacional que nos cure en salud de esta inquietante situación en que nos hallamos, más que diálogo buscan algo distinto. Digamos en el mejor de los casos un acuerdo, tal vez un camino no tan imposible de conseguir como comprometido y difícil de trazar. También con todo ello se persigue una especie de correctivo moral o una simple medida higiénica ante cierta dolencia endolinfática casi consustancial a las letras españolas. Pero este mal no se cura con diálogos, sino con otras dosis, como la experiencia demuestra, de más indiscutible y eficiente entidad espiritual.

Sentimos necesidad de decir todo esto con ánimo de definirnos ante la moda ahora imperante, aunque no guarde relación con el diálogo que queremos entablar con dos excelentes plumas que generosamente se dirigieron a nosotros bajo estos rótulos tan sugeridores: "Diálogo con un libro adulto", "Diálogo sobre el libro de Marrero"¹.

¹ GARCÍA ESCUDERO, J. M.: *La vida cultural, crónica independiente de doce años (1951-1962)*, Madrid, 1963. *Diálogos sobre el libro de Marrero "La*

I

LA GUERRA Y LA HISTORIA.

El P. Nazario ha puesto el dedo en la llaga al escribir: "cuando sepultamos el pasado, una guerra en nuestro caso, bajo el vocablo mágico, adormecedor de historia, es porque confundimos la memoria, o mejor la conciencia psicológica, con la memoria y conciencia históricas. La primera, la memoria psicológica, es una acción vital y personal. Concluye donde y cuando termina el recuerdo de cada sujeto o de un conjunto de sujetos testigos de un hecho. La segunda es de naturaleza anónima y objetiva. Se deposita como legado de los hombres que recordaron y olvidan con la muerte, en la infraestructura humano-social que sustenta nuestra actuación y adquiere la forma de un surco por el que en adelante tendrán que pasar encajonados cuantos hechos lleguen desde las entrañas de la iniciativa humana y busque adquirir categoría de presente" (pág. 40).

El ejemplo que a continuación aduce a propósito de las relaciones de Francois Noel Babeuf con el espíritu de la Revolución Francesa, pese a los años transcurridos de uno a otro episodio, es bastante esclarecedor. Igualmente su juicio terminante, en sí resuelto ante la extensión de la problemática planteada por nuestra guerra. No basta ya aducir con respecto a la Revolución de 1789 el hecho de su incorporación al bagaje de la Tradición francesa, como sostiene un gran número cada vez más extenso de escritores o simples ciudadanos del país vecino. Muy recientes son las palabras que sobre ella ha pronunciado el actual Pontífice. De manera, en cierto modo similar, un fenómeno histórico de la calidad y envergadura como el suscitado por la guerra española de 1936, eminentemente ideológica, no se liquidará —en opinión del padre Nazario— con la desaparición de sus protagonistas, sino que, por el contrario, tal desaparición llegará a darle más fuerza.

Produce honda alegría ver el problema planteado en tales términos por el mentís que da al espíritu que aparentemente se ha apoderado de nuestra juventud y de ciertos sectores de nuestra vida intelectual, empeñadas en pasar sobre este tema como sobre ascuas. Pemán, comentando en su primera página de "A B C" (23-VIII-63) precisamente este estudio del P. Nazario, combate la

otros. Por eso es prematuro llegar a fijar esos valores". Como primera etapa parcial indispensable y aún sin cubrir, juzga la de integrar nuestro acontecimiento histórico más reciente en una síntesis y concepto de España.

Con ello roza el P. Nazario ese género tan característico de nuestras letras modernas, sin apenas paridad en otras naciones, mezcla de ensayo e historia, tan manoseado últimamente por los escritores de nuestra izquierda intelectual. Nosotros hubiéramos preferido que el P. Nazario, quedándose en su planteamiento inicial, mucho más elemental, no hubiese en esta ocasión tocado ese tema que nos aleja, por los muchos problemas que entraña, de la cuestión que nos ocupa y cuya resolución es más perentoria. Ello no quiere decir que dejemos de sumarnos a su afán de ver enriquecida y completada nuestra visión de España con "una concepción vigorosa de nuestra realidad desde la derecha, particularmente desde el pensamiento tradicional".

¿Y cómo no agradecerle a este respecto sus palabras de estima para los que hacemos la revista PUNTA EUROPA que en atención a sus lectores y a los que contribuyen con su esfuerzo a sostenerla no nos resistimos a reproducir? Escribe el P. Nazario: "Tal vez desde ese equipo de PUNTA EUROPA, desde otros grupos afines por sus tendencias ideológicas, podía irse dosificando el pensamiento, preparando el terreno en el torneo dialéctico de las ideas y en el acopio de datos, para que, en el momento preciso, una personalidad intelectual más vigorosa cuajase todas esas semillas dispersas en un libro original, rotundo, al que pudiesen asomar las nuevas generaciones descifrando sus páginas sus más personales proyectos..." (pág. 45).

Con estas palabras excesivamente halagadoras nos sentimos mejor comprendidos los que hacemos esta revista que con otras apreciaciones, en extremo pacatas o desbordadas, las cuales parecen ignorar la complicada textura y estado de nuestras letras y de nuestra actual situación histórica.

¿DE NUEVO LAS DERECHAS?

A continuación entra el P. Nazario en el tema de las derechas o del pensamiento tradicional, con apreciaciones igualmente pro-

que en las dos grandes ideas motoras de las izquierdas, Libertad y Progreso, operan hoy el Escepticismo y el Miedo, dos cargas psicológicas que se han adueñado cada vez más del hombre moderno. Su referencia a la aceptación mutua de un número de valores contrapuestos, así como su consideración de factores demográficos, por ejemplo, de la progresiva prolongación de la vida como elemento moderador en la política, nos dice atinadamente que las derechas en lugar de esfumarse tienen la posibilidad de afirmarse. Ello es tan evidente que excluye el comentario aunque no la sorpresa de un buen número de españoles.

Entramos así de lleno en la fase más crítica del artículo del padre Nazario: "Lo que necesita la derecha —escribe— es crearse un ambiente, intelectual y real. En ese sentido, Vicente Marrero se mueve en las páginas de su libro con noble deseo de definirse y buscar alianzas y base amplia adentrándose en campos no siempre explotados suficientemente. Tal vez por eso en algún momento su actitud se preste a la crisis. Vamos a verlo" (pág. 46).

Si el libro ha resultado de derecha, de lo que su autor no tiene naturalmente por qué sorprenderse, ha de decirse también con toda sinceridad que no ha sido esa su principal y más directa intención. Se ha escrito sin pensar en ello y sin preocupación partidista. Aunque la puntualización no se juzgue de mayor cuantía, creemos, no obstante, que planteándose el problema en tales términos pudiera en algo desvirtuarse no sólo el sentido de una obra, sino el de cualquier otro intento intelectual ajeno a cualquier clase de *engagement* que no sea el de la verdad y el del bien, sin más calificativos ni aun aquellos que sean muy de derechas. Mucho menos apropiado se juzga lo de las alianzas cuando no son menester ni vienen directamente al caso.

Para abreviar la cuestión del empadronamiento que aquí nos ocupa, insistimos, la dejaríamos reducida a la de mero pensamiento tradicional que nos esforzamos por interpretar en consonancia con lo que comúnmente entendemos por filosofía perenne, aunque, en algunos casos, como es sabido, quepa la discusión; siempre en consonancia, por supuesto, con lo que entendemos por el sentido de nuestra historia y de nuestro más digno modo de ser.

Lo que el P. Nazario considera que un pensamiento así tiene de empalme con el pensamiento europeísta, no es problema de

hombres: la abstracción individual y la divinización pagana del poder. Maurras, que fustigó sañudamente la crisis del individuo considerándola una abstracción, cayó en una divinización de lo político. Sólo la concepción cristiana trascendental del poder entrañable de la vida, sin pretender jugar un papel mediador o conciliador intermedio entre las dos pasiones extremas, dignifica y profundiza como ninguna otra, tanto la persona como el poder...

Cuando no sucede así no queda más remedio que hablar de "directions payennes", fenómeno más sintomático de nuestro tiempo. No en vano se habló demasiado en Francia de las "directions payennes" de la Action Française, y Maurras, en espíritu y en finísimas obras literarias, fue más que simpatizante con el mundo clásico antiguo.

Todo lo que está bien desde el punto de vista político está bien, y yo no sé de otro criterio del Bien". Este acaba siendo el punto central del pensamiento de Maurras. Sus discípulos alardean continuamente de no profesar una moral privada, sino sólo una doctrina política común. Juicio que descarta y descalifica no sólo a la moral privada, sino a la moral en general.

No acabo de comprender cómo es posible coordinar el principio de descentralización, tan básico y central en el pensamiento de Maurras, con esta descalificación de la moral privada. El secreto del sistema tradicional político de Occidente, de la monarquía europea, que es el sistema que atisbó Maurras, consiste —observa Balmes (*La fuerza del Poder y la Monarquía en la sociedad* (1-4-1843), O. C., t. XXIV, pág. 149)— en que "el soberano, aun en las monarquías absolutas, tiene limitado el poder por la moral, por las costumbres, por la conciencia pública, distinguiéndole de todas las monarquías de los países donde no ha reinado el cristianismo, en que, entre éstos la palabra monarquía es sinónimo de despotismo, y entre nosotros significa un soberano que gobierna con arreglo a las leyes". La misma idea de jerarquía no es absorción, ni negación, sino afirmación de los derechos autónomos de la unidad del conjunto...

El ateísmo de Maurras no consiste en negar a Dios, sino en desplazarlo, reemplazándolo por la obra política de tal modo, que la mejor manera de caracterizar su pensamiento es hablar, como lo ha hecho Benda —refiriéndose al caudillo de la Action Française—, de una "divinization du politique". La obra de Maurras, surgida a principios de siglo y adelantada a todos los movimientos políticos posteriores, no supo prever a tiempo las consecuencias de que luego harían gala los Estados totalitarios...

Así, si el maquiavelismo es inmoral, Maurras es amoral, agnóstico y positivista. Tiene un sistema, una doctrina. Eso no es tan fundamental en Maquiavelo. Pese a su oposición diametral al individualismo, sigue Maurras al fin un absoluto —que la naturaleza humana, hecha de tal manera, siempre reclama—, que no es entrañable precisamente...

Maurras, hostile a todo lo que procedía de 1789, no se ha parado en consideraciones en su campaña "l'individu n'est qu'une abstraction", y ha caído en grandes errores. Al considerar que el individuo está en gran parte determinado por su raza, "son milieu"; su nación, por otros miles de elementos

mentos justifica a los ojos de Mauriac su ejemplar perseverancia, lo que, sin duda, suscita una cuestión muy distinta a la que nosotros hemos planteado con nuestra cita.

Compartimos, sin embargo, plenamente el parecer del P. Nazario sobre los compañeros de viaje de las derechas, los cuales muchas veces entorpecen sus movimientos y desfiguran su faz. Compañeros de viaje que no han desaparecido. "Viven y vivirán". Pero también compartirá con nosotros que no sólo es preciso convertir a los intelectuales de izquierdas. También algunos de los de la derecha están necesitados de conversión. Y el mejor modo para no tropezar con los obstáculos de unos y otros es referirnos a principios y no a meras alianzas. Nuestra actitud de siempre creemos que ha sido clara ante los compañeros de viaje. Tan clara que juzgamos no se agota su planteamiento en la distinción izquierda-derecha. Ni siquiera ponemos el énfasis en las derechas, sino en los principios que infundieron espíritu y razón de ser a nuestra Cruzada. Espíritu que en especial los intelectuales han de cultivar siempre por encima de las mismas interpretaciones gubernamentales.

LA CONCEPCIÓN ROMÁNTICA DEL PUEBLO.

El segundo punto al que el P. Nazario se refiere de manera crítica trata de la concepción romántica del pueblo. "Es preciso —escribe— aliar al pueblo con el pensamiento tradicional. Marrero se esfuerza. Y llega a logros. Pero en su raciocinio existe un punto débil" (pág. 49).

Históricamente no puede negar el P. Nazario, y de hecho no lo niega, lo que en la obra decimos de la actitud del pueblo español ante nuestra guerra. Pese a todo lo que añade sobre la distinción entre pueblo y chusma, entre el Alzamiento Nacional de 1936 y el del "Dos de mayo", de hecho sostiene, como nosotros, el sentido popular de la guerra española cuando se pregunta si puede compararse la insurrección de la Vendée "con el alzamiento de las zonas más tradicionales de nuestro pueblo contra el gobierno revolucionario de Madrid en julio de 1936". "Responder —escribe— es desliar. Sí y no. Sí en cuanto que significaba una protesta espontánea

rimos de algunos aspectos de su comentario en el qué, sino en el cómo. Sin ánimo de ser prolijo con citas que en este lugar pudieran parecer excesivas, podrá advertir el P. Nazario, por los textos que a pie de página citamos, cuál ha sido nuestra actitud ante la concepción romántica de lo popular; textos que no tiene por qué conocer, pero ello no nos exime de sostener ahora lo que siempre hemos sostenido por escrito como fácilmente puede comprobarse ⁴.

⁴ Una concepción antirromántica de la política la hemos expuesto en distintos pasajes de nuestros escritos. Ultimamente hemos insistido sobre el particular en los varios artículos sobre doctrina política aparecidos en PUNTA EUROPA. Sirva como muestra el siguiente fragmento del artículo *Un Estado con signo. Nota sobre los principios políticos fundamentales*, PUNTA EUROPA, octubre 1957, núm. 22, pág. 49: "Podríamos formular esta doble vertiente del espíritu humano de una manera más académica, pero preferimos simplificar y por ello, intentaremos hacer un planteamiento político concreto que nos afecte a todos, un planteamiento que, siendo virtualmente histórico, lleve en sí la cualidad de lo duradero. Preparémosnos para ello, dejando a un lado algunos inconvenientes en los que solemos caer hoy y en los que no quisiera detenerme. Por ejemplo: los traumatismos rojos-fascistas; los particularismos, algunas obsesiones contrarrevolucionarias; las diversas formas de utopías; las falsas antítesis entre política "nacional" y política "importada", que atentan contra la referencia universal de todo pensamiento serio; las uniones monolíticas u homogeneidades de tipo monístico que de todos modos han fracasado; los izquierdismos idealistas de hombres que aspiran a "crear" porque son incapaces de apreciar y vincularse, de hombres que no creen pero tienen ídolos; los derechos románticos y pseudopolíticos; los arcaísmos antirracionales y seudohistóricos; las confusiones entre lo político y lo privado, lo político y lo religioso, lo político y lo esteticista; los disfraces con segundas intenciones. "Seamos más históricos y menos historicistas, más integrales y menos integristas", y tengamos el mejor ánimo para ir derechos a la política con una concepción alta y digna y con un profundo sentido de la jerarquía, del orden y de la convivencia y con un radical repudio a las arbitrariedades, a los aplanamientos y a las vulgaridades y esoterismos, sea cual sea su lugar de origen." Textos similares a éste podríamos aducir otros que cuando se reúnan en libro harán ver con más claridad cómo en todos estos escritos el Estado de derecho predomina sobre una concepción romántica de la política. Aun en nuestros libros, *Picasso y el toro* (primera edición, 1951), *El enigma de España en la danza española* (primera edición, 1952, con el título *El acierto de la danza española*), puede advertirse una lucha con el sentido romántico de lo popular, así como en uno de nuestros primeros libros, *El Poder entrañable* (1952) —vid. en especial su primer capítulo, "Maña y estucia del pueblo"—, en el que pese a nuestras declaraciones

su silencio como indiferencia (pág. 376) le ha dedicado un capítulo de los más extensos de su excelente obra que a su vez presenta en forma de diálogo, con lo cual corremos ahora el riesgo de que ese diálogo quede aún más cuarteado de lo que ya está.

Sinceramente hemos sentido siempre una gran admiración y elevada estima por la labor de García Escudero y en especial por un buen número de sus obras que figuran entre las más dignas, sensatas, oportunas y mejor orientadas del momento actual español. Su misma actitud, como la de Aranguren o Lorenzo Gomis, de escritor seglar que se centra directamente en el tema religioso sin obsesión política contrarrevolucionaria, ha sido sencillamente ejemplar entre nuestros escritores católicos.

Por lo que a nosotros se refiere podemos añadir que nos hallamos de acuerdo con García Escudero en algo más que en ese cincuenta por ciento de que habla y creemos, con toda sinceridad, que ese es también su propio porcentaje de concordancias.

Especialmente en su actitud ante la polémica en cuanto tal, sin más apelativos, es en donde empezamos a no estar ya de acuerdo y nos tememos que en este punto haya sido víctima de ciertos equívocos o espejismos.

Hace ya tiempo que de la conversación de un grupo de amigos en la que interveníamos activamente surgió esta formulación que casi se ha convertido en un slogan y que desde entonces se ha repetido mucho: "La derecha polemiza; la izquierda silencia"⁵. Pura fenomenología ante la cual se reacciona con los pareceres más encontrados, aun entre la misma gente de derecha —sigamos empleando el término para hacernos entender más fácilmente—. Entre éstos unos prefieren seguir siendo como siempre han sido y otros imitan, como más eficiente, la gelidez imperturbable, vecina del odio, de las izquierdas que no se suelen abandonar a las exuberancias de la ira, limitándose a tender alrededor del contrincante las alambradas del sigilo, con el arte que en España se saben hacer estas cosas. Actitud que nosotros no compartimos.

Leyendo lo que a propósito de todo ello escribe ahora García Escudero, nos sentimos inclinados a sospechar sus preferencias

⁵ Vid. la "Crónica española" en el número 1 de PUNTA EUROPA, enero 1956, pág. 25.

alusiones a nombres propios que él juzga poco prudente, trata de explicárselo del siguiente modo: “¿Se deberá a esa “elemental agresividad” que Marrero considera “imprescindible a toda obra de espíritu? Pues le regalo esa agresividad. Ni para mí la deseo ni la admito en los demás, y la mejor manera de no admitirla es pasarla por alto” (pág. 377). Duele el tono de estas palabras no tanto por lo que tiene de desconsideración, lo que no es nunca de temer por parte del talante de García Escudero, ni mucho menos de su intención. Duele por tratarse de uno de los problemas más actuales de la ciencia del espíritu, sobre el cual, con la más buena intención, García Escudero resbala.

En todas las aulas universitarias se reconoce como un error, frecuente en los estudiantes de moral, el confundir la agresividad con algo que no tiene nada o muy poco que ver con ella, por ejemplo, con el odio. Tipo de error que se ha considerado clásico. La agresividad, buena y bellamente, es un valor esencial y positivo, algo propio de la naturaleza humana, algo unido al aspecto conquistador de la libertad. La agresividad es el instrumento, el más noble con que la naturaleza ha dotado al animal para mantenerse en la existencia y asegurar su propia conservación. El primado relativo de la agresividad en el nivel sensible, muestra una perspectiva general y siempre luminosa cuando se tiene en cuenta la participación de los valores inferiores en los valores superiores. Así se puede hablar del amor y de la agresividad como del derecho y de la fuerza. Es preciso ser fuerte para dominar en la paz, ya se trate de un héroe, de un santo o de una nación. Es preciso ser agresivo para amar. Hasta es una frase evangélica: “El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo conquistan” (Mt. XI, 12), palabras que dijo el Señor como una comprobación jubilosa, casi como un himno de alabanza. La agresividad se caracteriza, en definitiva, por la dificultad que engendra la lucha; por la necesidad de emplear cierta fuerza encaminada a vencer todo obstáculo que vaya contra el elán de nuestro amor, contra nuestra alegría. Este es el papel de la agresividad que, entre otras cosas, no olvida cómo la tristeza es contra natura. No en balde una de las ideas que más cara ha costado a Occidente es la idea liberal de que la causa de la libertad puede prescindir de la agresividad. Este aparente error ha originado la aparente debilidad de todas las instituciones legí-

mismo de Cruzada y sobre los escritos que lo justifican... en reivindicar la importancia de nuestros pensadores tradicionales, y especialmente de Menéndez Pelayo y de Maeztu... El, como nosotros, ha comparado el espíritu rencoroso y partidista de los escritores de la llamada zona roja con el espíritu generoso y abierto de los de la otra. "En todo eso el libro —dice— es oportuno y gallardo". Pero a continuación se pregunta: de aquel espíritu generoso y abierto, ¿no formaba parte la integración de todos los españoles y, concretamente, la asimilación de cuanto hubiese de positivo en el pensamiento de los españoles de cualquier color, político o ideológico? Con esto último intenta defender la política cultural de mano tendida que criticamos en el libro.

Sencillamente, éste es el estado de la cuestión que, a nuestro juicio, García Escudero intenta zanjar con más buena intención que con razones. Para García Escudero los que han polemizado en la vida cultural española de los últimos años han hecho algo parecido a gastar la pólvora en salvas, pólvora que él ahora quiere mojar: "No hay diferencia sustancial entre los contradictores" (página 383). "No son consecuentes al aplicar los principios"... "Vienen a decir lo mismo"... "Marrero comenta que eso ya lo sabíamos" y que lugares tan comunes "nadie los discute, ni los ha discutido nunca, ni creo tenga interés discutirlos alguna vez" (pág. 379). Y he aquí que en la más absoluta perplejidad y buena fe se pregunta: entonces ¿qué se discute?

Es muy posible que, teniendo presente la previa actitud que ante toda polémica adopta, se le pase por alto a García Escudero la base más elemental de toda la cuestión que nos ocupa: la misma polémica, la polémica por antonomasia: nuestra guerra. Si la política cultural a la que más bien parece adherirse fue la acertada, ¿cómo explicar entonces ideológicamente la actitud de ese equipo intelectual ante lo que significó nuestra guerra? No encontramos otro signo de explicación que el silencio o el panfilismo cuando no su superación por vía de la negación. ¿Y cómo llegar a una meta semejante bordeando, marginando la interpretación de las diversas corrientes ideológicas, sustratos espirituales y psicológicos que han tratado de explicar nuestro fenómeno histórico más reciente y cimero? ¿Con una repulsa al espíritu polémico?

polémica que quiere rehuir está en discusión. ¿Acaso desde un punto de vista filosófico puede decirse sin las debidas aclaraciones: “las refutaciones “analíticas” de una obra eminentemente “cordial” como la de Unamuno o de los análisis silogísticos de una obra antisilogística como la de Ortega”? Lo que se discute precisamente es el alcance de esa “cordialidad” y de ese “antisilogisticismo”. Que la refutación efectiva de un pensador debe partir de lo que él es, no hay duda; pero tampoco hay por qué extrañarse ante una crítica hecha desde una vertiente que le es absolutamente heterogénea, desde un mundo con el cual le es imposible la comunicación, si, al fin, esa crítica es válida. Creemos entender perfectamente la intención de lo que García Escudero dice. Su formulación, en cambio, no le autoriza a sostener lo que se ha propuesto decir.

Otro ejemplo: aducir como testimonios a favor de la política cultural de mano tendida textos de Balmes ante Leibniz o el liberalismo; de Menéndez Pelayo ante Hegel o Galdós, amén de otros como el libro que Aranguren⁶ le dedicó a don Eugenio d’Ors... es, a nuestro juicio, poner el énfasis sobre lo accidental y rozar, en cierto modo —no se asuste García Escudero—, el “culto a la personalidad” de una manera que hasta podría parecernos como sospechosa. Especie de fetichismo muy personalista y español: vida ayer, hoy idea. Aun en el caso de Menéndez Pelayo como en el de Maeztu —como si fuesen santones, que no lo son— hay graves errores o equivocaciones —y no nos referimos aquí a las actitudes aludidas por García Escudero— que estamos muy lejos de compartir. En España, a diferencia de Rusia, todavía ningún pensador habla *ex-cathedra*. Por lo demás, ¿la significación de Menéndez Pelayo o la de Maeztu puede centrarse en su papel de armonistas? ¿Puede hacerse descansar en él su acento más peculiar?

⁶ Escribe García Escudero: “Es lástima que Marrero omita respecto a Aranguren el dato de que a él se debe una de las más valiosas explicaciones de lo que él llamó “el talante luterano” de Unamuno” (pág. 378). Pero no le hubiera dado tanta lástima si hubiera conocido los comentarios elogiosos a ese estudio de Aranguren que hemos publicado en *El Cristo de Unamuno*, Madrid, 1960, págs. 34, 94, 95; y aun antes en el artículo titulado *Unamuno, clergyman*, que se recoge en este libro y que apareció en el número 4 de PUNTA EUROPA, abril 1956; sin que esto agote nuestras citas.

mos de quién es quién y de quién asimila a quién. Si no se habla de quién asimila, sino de lo asimilable, debemos prepararnos desde ahora para ver repetido a escala infinitesimal el fenómeno que no hace mucho vivimos en nuestras letras con las continuas e incessantes asimilaciones de Ortega o de Unamuno. Sólo sus nombres parecían sonar en el panorama nacional de nuestro pensamiento, de tal modo que un Menéndez Pelayo o un Maeztu parecían al lado suyo unos pigmeos. El fenómeno, gracias a Dios y a las polémicas que tanto descorazonan a García Escudero, ha cambiado. Por supuesto, es deber descubrir lo válido en el campo de enfrente y lo malo en el propio. Todo ello es muy noble y nosotros al menos lo consideramos como un deber. Pero aún así, no nos exime jamás de afirmar lo que nos sostiene en el bien y en la verdad, que es al fin lo que nos define y caracteriza. Pero la historia entre nosotros ha sido muy distinta: Se quiere captar a los intelectuales de izquierda que no han renunciado en su repulsa a la situación creada en España después de 1936 y se silencia a aquellos que en su más profunda raíz la sustentan y defienden. Doble error intelectual y táctico. No es ese el método más idóneo para captar a unos ni para conservar a los otros. Recuerda a lo que se dice de las manadas de lobos cuando siguen en parajes nevados a las caravanas de viajeros. Si se les echa de comer, las fieras redoblan los ataques; en cambio, cuando se les hace frente, si no están enloquecidas por el hambre, los lobos se retiran.

Creemos que en el libro *La guerra española y el trust de cerebros* se sitúa el acento con claridad, sin equívoco: concretamente sobre el pensamiento tradicional⁷. Algunas apreciaciones de García Escudero sobre este libro dará seguramente a los que han leído su diálogo la impresión de que el objeto de discusión de una buena cantidad de sus páginas ha sido, las más de las veces, vano, porque las diferencias entre los contradictores no es tan grande como allí

⁷ No se crea por ello que en este campo existe unanimidad de pareceres. No falta un sector de tradicionalistas —en especial aquel en donde se coloca el profesor Elías de Tejada— que se niega, más por prurito alicorto de partido que por otros motivos más elevados, poco menos a que distingamos tradicionalismo cultural de carlismo político. De los duras críticas que nos han hecho hasta salen malparados los nombres de Menéndez Pelayo, Balmes, Jovellanos, Maeztu...

demos un abrazo. ¿Por qué no? Un cristiano debe tener siempre las manos y el corazón abiertos, máxime cuando su prójimo es un hermano de fe; pero las diferencias ideológicas no se arreglan con abrazos, sino con razones. Y nos tememos que la visión que García Escudero tiene de la polémica, en cuanto tal, y de los polemistas, en cuanto tales, no le ayude mucho en su afán de armonizador, afán que en el fondo todos debemos compartir. Es casi como creer que todo aquel que polemiza lo hace siempre con carga de cianuro, sin amor a la verdad, sin la vibración y emoción que las diversas circunstancias legítimas reclaman, faltando bien a la objetividad de las cosas o al respeto debido a las personas; como si sólo existieran polémicas demoleadoras; como si las que construyen no tuvieran ninguna razón de ser.

Por lo demás, si vendrá o no el otoño católico o el invierno crudo de que hablan Aranguren y García Escudero, es algo que no nos aventuramos a coprofetizar, pero si de algún modo ha de volver a sonreír la primavera no será, sin duda, a fuerza de silenciar o poner sordina a una polémica, dolorosa en su más honda raíz, pero también inevitable y Dios quiera que esperanzadora para todos.

LO TRAGICO EN BECKETT Y UNAMUNO

(UNA COYUNTURA EN EL TEATRO EUROPEO DEL SIGLO XX)

Por JOSE CASTELLANO

Cuando Unamuno escribió su drama *Soledad*, empezaban a sentirse en el teatro europeo las consecuencias de la reacción del "anti-ilusionismo" que, desde 1910, venían provocando Bernard Shaw, Eugenio O'Neill y Pirandello. Son años en que se escriben obras bastante decisivas en este sentido: *Seis personajes*, *Hombre y superhombre*, *Extraño interludio*... Sin mucho margen de error podría decirse que en estas tres obras se contiene de un modo implícito todo un programa formal y temático de lo que debía ser el teatro europeo en el siglo xx, preludiando ya todo el afán de novedad que caracteriza al teatro actual.

LOS SILENCIOS.

El sabio y fino profesor jesuita del Colegio Máximo de Oña, padre Nazario González y el no menos excelente escritor José M. García Escudero, que éstos son los nombres de sus autores, al ocuparse de la obra en cuestión, *La guerra española y el trust de cerebros*, aluden de modo expreso, sin dejarla en el aire, a la palabra silencio. Hemos de decir, sin embargo, que no nos consideramos, ni aun en las circunstancias más salientes que rodearon la publicación de esta obra, autor maltratado por la crítica, ni objeto de aviesos silencios o malquerencias personales.

En el caso concreto de este libro, *La guerra española y el trust de cerebros* —escrito con bohomía, según palabras del P. Nazario—, si se han producido silencios en algunos círculos y esferas no ha sido por el autor, sino por el tema, lo que merece especial consideración, ya que su cometido excede al de los distintos grupos, círculos cerrados de amistades, de actitudes dialécticas o dialogísticas, etc., afectando al mismo eje de nuestra vida nacional. Actualmente, ¿cuántos escritores españoles sin marchamo oficial se ocupan de nuestra guerra?

Cierto, como escribe el P. Nazario, que “cada día se nos hace más natural en nuestro país vivir ese vacío artificial, o por lo menos consciente, provocado en torno a una persona, obra escrita o institución. Si es un defecto nacional todos somos en alguna medida responsable de él” (pág. 37). Pero éste es otro tema. Las relaciones personales y la vida afectiva entre españoles es un verdadero laberinto minotáurico y exigiría una apreciación aparte. Incuestionable y mucho más grave es el silencio producido en torno a un tema, clave de nuestra historia contemporánea y, más en singular, de nuestra actual y concretísima situación. Así se explica que cada vez sea mayor el número de los que la consideran encasquillada en un callejón sin salida.

guerra española y el trust de cerebros”, págs. 375-391. Sus líneas finales sirven de mote al presente trabajo.—NAZARIO GONZÁLEZ, S. J.: *Los silencios, la guerra y la derecha. Diálogo con un libro adulto*. “Razón y Fe”, t. 168, números 786-787, págs. 35-50, 1963.

mentalidad positivista de las tan jaleadas e intencionadas encuestas que —ese es el título de su artículo— “no les dice nada”. Y tiene razón al apuntar que no es lo mismo su palabra volandera que la tenaz y viva de la historia.

Sin embargo, cada día podemos comprobar cómo tiende a conceptuarse de mal tono cualquier alusión a nuestra guerra. Se le juzga avecinada al malestar, a la incomodidad, a lo manido, en todo caso, a una polémica a la que se quiere por múltiples motivos silenciar. ¿Puede catalogarse una actitud así como política o como de índole moral superior que envuelve a aquélla? El P. Nazario, historiador de profesión, está en el mejor y más amplio de los caminos cuando saca el tema de nuestra guerra de las interpretaciones estrechas de grupos y lo proyecta cara al futuro. Parece decirnos con ello: podrá discutirse cuando se hable de nuestra guerra el grado de error o acierto de una interpretación más o menos aventurada. Todo, menos rechazar de plano, silenciándolo, cualquier intento de elucidación. De no hacerse así, se atentaría contra la razón de ser misma de la historia, contra sus poderosas razones ontológicas con las cuales no puede ser más explícito ni más noble el P. Nazario al formular su actitud como historiador.

En consecuencia, no se limita al hablar de nuestra guerra a ver la historia como “depósito de los acontecimientos transcurridos, sino como plataforma que nos lanza al futuro”, como algo “que imprime energía a nuestra actuación presente”, como “surco, un desfiladero hondo, por el que en adelante tendrán que pasar, quieras que no, encajonados los acontecimientos posteriores enfilando nuestro destino en una dirección concreta e irreversible”. Dicho con otras palabras, el fenómeno producido por nuestra guerra supone algo más que el alicorto y personalísimo “cuénteme usted su caso”, situación que ha de superarse y superarse a conciencia.

Pero todavía va el P. Nazario más allá. Se pregunta (pág. 44) por los valores concretos de nuestra guerra que han de encarnarse en un futuro de España, admitiendo la posibilidad de que existan valores y situaciones inéditas para nuestra actual conciencia de recuerdo y que sólo, pasado el tiempo, movidas por resortes internos que aún no se han puesto en funcionamiento, salten a la superficie. Tal vez, escribe, las generaciones futuras que examinen nuestra guerra “la posean de manera más rica y compleja que nos-

fundas, pero con las cuales nuestro diálogo, que hasta ahora se ha reducido a mera glosa, tiene algunos puntos de divergencia, no tanto por lo que dice sino por el cómo lo ha dicho.

Empezaremos, para hacernos entender mejor, alineándonos tras el pensamiento tradicional, al que sencilla y escuetamente nos gustaría ver calificado, cuando no exista obstáculo para ello, de pensamiento cristiano. Calificación que nos agrada mucho más que la de pensamiento de derecha, aunque es imperioso reconocer que ha sido éste quien en nuestro país ha estado más cerca de aquél.

A propósito de la distinción derecha-izquierda nos ocupamos en el libro en cuestión y no debemos repetir lo ya dicho. Creemos, sin embargo, con don Ramón Menéndez Pidal, que uno de los desaciertos mayores de nuestras izquierdas ha sido hasta ahora el haberse desentendido de la defensa de nuestra tradición, dejándola casi en exclusiva en manos de las derechas. No es preciso renegar de ella para propugnar algunos de sus postulados de libertad y progreso. A este tenor resulta sintomático el juicio de Maeztu ante el liberalismo de Castelar no divorciado de su tradicionalismo.

¿Por qué, nos preguntamos, no puede suscribir un hombre de izquierda, si es cristiano, estas palabras que a propósito de la tradición acaba de pronunciar el Pontífice reinante?: “No hay nada pasivo en la vida cristiana, no hay nada automático. No hay nada de estancamiento o de opresión: todo es vivo. Y si vosotros queréis ser realmente tributarios de la tradición que os precede, la debéis considerar no un peso que se os lega, sino una raíz que os alimenta, como una fuente que os da ánimo para mirar con confianza al futuro y os hará apto para las cosas nuevas, para las cosas vivas, para las cosas de las que nuestro tiempo tiene necesidad: no será necesario que vayáis lejos para buscar las fórmulas para las estuendas novedades de las que nuestro tiempo es tan ávido y necesitado”².

Sinceramente creemos que en la disyunción derecha-izquierda no se agota el problema planteado por la guerra española ni el de España en general, aunque encontramos profundamente atinada la aguda puntualización que hace el P. Nazario cuando considera

² Alocución de S. S. Pablo VI en la Audiencia General de 30 de junio de 1963.

alianza. Sencillamente de coincidencias, aunque no se nieguen por ello diferencias nacionales puramente accesorias. Coincidencias que el autor no se ha propuesto agotar en su libro en el que no trata especialmente aunque roce esa cuestión. De manera similar —dentro siempre de un mismo círculo de atracción o repulsión— a como se habla de dos Españas se habla de dos Europas.

LA SOMBRA DE CHARLES MAURRAS.

Sugiere el P. Nazario que buscamos “aliados innecesarios o positivamente perjudiciales. Así queda al descubierto —ya hemos dicho que el pensamiento de Marrero aunque personal es sintomático— uno de los puntos más débiles, objetivamente hablando, de ese pensamiento tradicional y más ampliamente de toda ideología de derecha” (pág. 47). Y todo porque el P. Nazario cree vernos tras la estela de Charles Maurras, no sólo al autor, sino a toda la derecha. En el caso nuestro por el mero hecho de haber referido en este libro, al hablar del impacto de nuestra guerra entre los intelectuales extranjeros, que Maurras se situó al lado de los nacionales y se hizo retratar en una ocasión con boina carlista.

Confiamos en que el P. Nazario no nos juzgará quisquillosos si nos detenemos un momento citándole un par de textos nuestros sobre Maurras, ya que de no hacerlo así, nuestros lectores no nos perdonarán la grave incongruencia lógica que para nosotros podría deducirse de una apreciación a la que no hemos dado pie. Precisamente hemos criticado siempre aspectos esenciales del pensamiento de Maurras desde nuestros primeros escritos.

Hace ya once años, en 1952, en uno de nuestros primeros libros, *El Poder entrañable*, agotado hace ya tiempo y desde entonces pendiente de reelaboración, estampamos este juicio sobre Maurras que recogemos aquí con ánimo de que este punto quede claro; juicio al que siempre en todos los escritos posteriores hemos permanecido fieles:

“Cuando se desecha la moral privada, como sucede en Maurras, se diviniza el poder y se rechaza, en último término, a la persona. Cuando no hay un Dios personal en el horizonte político, sólo hay dos límites para los

externos, ha fomentado un culto, como todos los grandes cultos, cruentos, que lleva consigo parejo una servidumbre. Servilismo que siempre surge en el horizonte europeo cuando de uno u otro modo se niega la noción trascendental del poder y de la persona...

Tampoco (en Maurras) es justo reducir la vida de los pueblos al marco político, como si la vida nacional y política, hasta la de Occidente, pudiera reducirse a moldes latinos o clásicos, tal como se ha hecho a menudo en España por lo más logrado de nuestras inteligencias de derechas —en parte, discípulos más o menos fieles de la escuela de Maurras—, llegándose a la exaltación de un esteticismo de moldes clásicos y a una actitud secularizada, en cuyo fondo resalta el espíritu del Sur, que sabe dibujar, frente al del Norte, que no se para en contornos ni tiene preocupación por lo delimitado en aristas claras, aunque esta delimitación y claridad de aristas se refieran al mundo de la moral privada; la medida se dice es lo bueno, lo clásico, lo del Sur; lo que no tiene medida es lo malo, lo romántico, lo del Norte. Todo esto es una verdad a medias, que no roza la última actitud del hombre, como se quiere pretender...

El sistema político de Maurras no resuelve el problema más esencial de las sociedades modernas: el conflicto entre la vida privada y vida pública. Antes bien, lo acentúa al exagerar la segunda, descuidando la primera..."³

Después de haber escrito esto hace más de diez años —y esta clase de autocitas nos hace sentirnos menos jóvenes— estamos muy lejos de creernos al descubierto como maurrasiano. Todo ello, sin embargo, no es obstáculo para reconocer la capacidad intelectual de Maurras, de manera similar a como se la reconocemos a Maquiavelo o al mismo Lenin aunque combatamos los aspectos más esenciales de su pensamiento. Para más señas ha de añadirse que Maurras, según confesó, tiene deudas con el pensamiento tradicional español, lo que nos honra porque sin duda es de lo más sano de su doctrina. Nos inclinamos a creer que el P. Nazario por ambivalencia crítica o por una loable preocupación antimaurrasiana que nosotros, como habrá podido observar, también compartimos, ha acentuado este extremo en su estudio. Pero creemos también que a ello no da pie la mera referencia que hicimos a su nombre ni el modo como se hizo en *La guerra española y el trust de cerebros*. ¿Por qué teníamos que silenciarlo? El mismo Mauriac —nada sospechoso— felicita en sus *Mémoires intérieures* a Massis por su fidelidad a Maurras, cuya conversión en sus últimos mo-

³ *El Poder entrañable*. Madrid. 1952. págs. 161. 163-171.

contra el régimen injusto de París; sí, por lo que tuvo de entusiasta, de popular, o mejor de popular-rural; sí, por la influencia que tuvo la concepción religiosa en la acción militar'... (páginas 42-43). Nosotros no decimos en el libro más de lo que ahora nos dice el P. Nazario sobre el particular. En el libro nos apoyamos, además, en las observaciones de un autor tan poco sospechoso en esta materia como es Brenan.

Esto por lo que acaeció históricamente en 1936. En 1963, no hay duda de que el mundo está lanzado al urbanismo; que el índice de población urbana en España ha crecido en estos diez últimos años en un doce por ciento; que se ha formado un pueblo que se escapa al pensamiento tradicional y que para ese pueblo fabril, el pueblo de las barriadas satélites, el de la progresiva clase media, es preciso encontrar la voz y el mensaje apropiados.

Todo esto es verdad, pero todavía apenas es historia por muy real que sea. Se trata de un programa y tanto como de un programa de una inquietante incógnita. ¿Y se escapa tan sólo al pensamiento tradicional? ¿No será que por escaparse al pensamiento tradicional se evade de otros muchos? La misma Iglesia viene luchando desde hace años por lograr ante esas informes y gigantescas masas urbanas nuevas formas de apostolados que empiezan a dar sus frutos. Desde el punto de vista político y social estas formas han de ser necesariamente modernas y racionalizadas, formas que en buena medida guardan poca relación con una concepción de lo popular romántica e irracional, aunque ya no pueden pasarse por alto algunas ideas de los modernos constructores de ciudades. Las del griego Constantinos Doxiadis son dignas de especial consideración.

Personalmente nos hubiera gustado encontrar puntos críticos en el diálogo del P. Nazario que tuviéramos que aceptar, aunque sólo fuera por el ánimo de demostrarle que estamos muy lejos de ser reacios a admitir reparos, máxime cuando vienen de un historiador de su prestigio y con la intención y elevadas miras que le caracterizan. Pero ha tocado dos puntos que son los que hemos juzgado siempre como las dos grandes rémoras del pensamiento tradicional tal como políticamente ha llegado a nuestros días, contra las que ya llevamos tiempo luchando. Esta, ni más ni menos, es la verdad. Por ello le dijimos al principio que no dife-

Estos dos extremos que en especial hemos comentado —actitud ante aspectos sustanciales del pensamiento de Maurras, por un lado, y, por el otro, actitud ante la concepción romántica del pueblo— son hoy de importancia decisiva para perfilar un pensamiento político que queriendo sumar lo más valioso de su rica tradición no quiere contaminarse con lo que evidentemente han sido en algunos de sus representantes más caracterizados sus más recientes fallos. No todos sus seguidores tienen de ello plena conciencia. Pero resultará natural que aquellos que siempre nos hemos esforzado luchando contra estos errores, reaccionemos cuando nos vemos, de manera inexplicable aunque con la mejor intención, tachados de lo que precisamente siempre criticamos. En este aspecto juzgamos que el P. Nazario ha infravalorado un esfuerzo que no merece al menos el encasillado que le atribuye, y todo ello es tanto más de admirar en cuanto que al P. Nazario le guía no sólo la mejor intención, sino, según confiesa, un cariño que siempre es de agradecer. De todas maneras las sugerencias de que habla nos han brindado también a nosotros esta oportunidad para que se nos vea tal como pensamos, de lo cual, nos imaginamos, quedará tan satisfecho el P. Nazario como nosotros, porque lo que ha juzgado una divergencia —seguimos ciñéndonos a esos dos extremos, los más salientes de su crítica— ha resultado la más plena coincidencia.

II

GARCÍA ESCUDERO Y LAS POLÉMICAS.

Con lo dicho hasta aquí podemos conectar con la opinión de García Escudero, con el que seguimos dialogando.

Sostiene éste que está de acuerdo con el cincuenta por ciento de lo que se dice en *La guerra española y el trust de cerebros* y en desacuerdo con el cincuenta restante. Su posición no es la de “aceptación absoluta”, pero como le interesa que no se interprete

expresas de antirromanticismo político quedaron aún algunos puntos por perfilar, sobre los cuales nos hemos detenido en los artículos aparecidos últimamente en PUNTA EUROPA bajo el título *Política española: su estructura y su despegue*.

por el silencio, si bien —buena persona siempre— no puede a ratos resistirse y entra sin más en liza, de lo que nos congratulamos cordialmente. “Me cuesta trabajo callar —escribe—. En este sentido, me siento muy de “derechas”, en esa línea polemista —a menudo ingenuamente polemista— de nuestras derechas y completamente ajeno al sabio cultivo del silencio en que han sido maestras las izquierdas” (pág. 375).

No hay duda de que en la polémica hay con frecuencia más dudosa aleación que aprovechable sustancia. Polemizando no siempre se avanza, las más de las veces nos estancamos, cuando no retrocedemos. Existe en ella una verdadera suma de cosas recusables, pero nunca podríamos llegar al extremo de recusar de plano a la polémica en cuanto tal, sin la cual no existe la cultura ni el mismo espíritu de diálogo ahora tan en boga. Y ya más en íntima relación con el tema que aquí nos ocupa, ¿cómo eludir el espíritu de polémica al hablar de la guerra española?, ¿cómo reducir a monólogo casi lo que por su más elemental razón de ser es tremendamente dialéctico y material de polémica?

Pese a todo el tono de García Escudero es bastante elocuente y hasta delatador: “Estoy cansado de polémicas cuyos inconvenientes superan, a mi juicio, a sus hipotéticos beneficios” (página 375). Por lo mismo confiesa que en su día se retrajo de comentar la polémica sobre Ortega entre el P. Ramírez, de una parte, y Laín, Aranguren y Marías, de la otra; y remontándonos más atrás viene a decir lo mismo del revuelo producido en torno a un célebre artículo de Calvo Serer: “Mi silencio se debe a cansancio”. “No habría polémica si todos fueran consecuentes con sus principios. La convicción de que, por eso, y en grandísima proporción, el problema al que nos estamos refiriendo es un problema ficticio, es en mí vieja. En el año 1950...”

LA AGRESIVIDAD Y SUS EQUÍVOCOS.

Abrigamos la sospecha de que García Escudero tiene una concepción de la polémica muy distinta de la nuestra. Y los fundamentos de nuestra suposición se afirman al advertir el modo como interpreta algunos de nuestros pasajes. Así, al hablar de ciertas

timas. Tememos haber pecado de pedantes con este pequeño paréntesis; pero no crea García Escudero que estamos desbarrando. En un conocido y bastante citado trabajo del P. Philippe de la Trinité, O. C. D., aparecido en un volumen de los célebres *Etudes Carmélitaines*, dedicados al "*Amour et violence*", podrá advertir que la concepción de la agresividad de Santo Tomás, además de ser una vía original y profunda, pendiente todavía de una exploración, no anda muy lejos —salvadas las distancias espirituales— de la de Freud. Y como es sabido, en la última etapa del fundador del psicoanálisis, la agresividad superó en importancia a la que hasta entonces éste había concedido a la libido. Tanto la lucha como el amor están inscritos en el fondo de nosotros mismos. Por ello el análisis que hace Santo Tomás en el tratado de las Pasiones de su Suma, relativo a lo que llama en psicología lo irascible y lo concupiscible, presenta un interés, siempre actual, porque está en el fondo de los seres, independientemente de las modas y de la edad. El verdadero amor debe ser agresivo, y cuando la agresividad que le es natural es rechazada, da lugar a evidentes trastornos. Se ha visto que si en un hombre de paz no existe el buen espíritu que pudiera advertirse en un hombre de guerra, es para desconfiar en su espíritu de paz; y cuando se permite que los valores inferiores dominen sobre los superiores, pongamos por ejemplo, cuando domina una agresividad mal encaminada sobre formas de amor inherentes al alma misma de Occidente, el fenómeno que se produce es bien conocido: la angustia. Angustia, y ésta es la otra cara del problema, que se fomenta cuando no se acierta en emplear positivamente la agresividad. Dicho de otro modo: de ninguna manera la agresividad es extraña al amor espiritual.

EL ESTADO DE LA CUESTIÓN.

Aclarado este punto sobre el que a costa de sacrificar el sentido de las presentes líneas podíamos extendernos, seguimos el diálogo con García Escudero, el cual confiesa que no ha sido remiso en defender los principios de nuestra guerra y en aplaudir sin reservas la parte del libro —casi la mitad— que su autor dedica a combatir el silencio sobre la Cruzada, sobre el nombre

Cita García Escudero diversas frases del libro *La guerra española y el trust de cerebros* como pruebas de que nuestro espíritu no está reñido con el que él defiende, dando a entender con ello algo así como si existiese una contradicción en las consecuencias que deducimos, por lo visto, de manera tan distinta. Estas frases, que seguimos suscribiendo, son las siguientes:

“En la vida intelectual especialmente, es preciso propugnar siempre un ambiente de tolerancia, sin el cual la vida de las letras sería prácticamente irrespirable”... “Que no se nieguen los valores intelectuales, literarios y científicos de grandes figuras, incluso de aquellos que combatimos por su carácter heterodoxo”... “Una especie de traumatismo contrarrevolucionario que no comparte nadie en las letras más cotizadas de la vida intelectual”, “necesidad de la tolerancia cuando de faltar se seguirían males mayores, o bien no se lograrían bienes indispensables que se conseguirían con ella”... ¿No es eso sostener —pregunta García Escudero— que no hay diferencia sustancial entre los contradictores?

Creemos sinceramente que hay diferencias importantes, aunque se haya polemizado aduciendo la doctrina positiva sobre el punto en cuestión, con corrección, moderación y aun benevolencia que no ya la justicia y la caridad cristiana, sino la buena educación piden. El mal nunca ha estado en la polémica, sino en el modo de hacerla. Que hay coincidencias, nadie lo duda; también discrepancias y, a veces, hondas. Con ello no tratamos de inconsecuente a García Escudero. El cree que no existen y nos agradecería coincidir con su parecer.

Sobre estas discrepancias resbala a veces con la mejor intención García Escudero. Los ejemplos que podríamos aducirle son múltiples. Como muestra vayan los siguientes, aunque nos detendremos al final en el que juzgamos de mayor importancia. Empecemos por lo que García Escudero escribe en este capítulo de su libro sobre la polémica en torno a Ortega y a Unamuno y lo que a propósito de ella dice de la crítica del P. Ramírez. No vamos a reproducirlo por no hacernos interminables, pero puede advertirse que ya en su misma formulación se encierra toda una cuestión filosófica que al aceptarla sin más lleva implícita una serie de problemas, de tal modo que García Escudero parece no darse cuenta que es su misma postura, la de García Escudero, la que en esa misma

LA ASIMILACIÓN Y SUS ACENTOS.

Pero todos estos ejemplos y otros que podríamos aducir se centran al final en uno: la cuestión es asimilar y aun García Escudero se deja cautivar por cierto afán armonista, llevado por una irresistible y en buena medida loable querencia a ser armonizador de contrarios. Un armonismo, esta es la verdad, entre precavido y ardoroso, pero siempre sensato. Sin ánimo de complicar más las cosas dejemos la cuestión en su mero afán asimilar y preguntemonos con la mayor naturalidad: ¿Quién es el que asimila? ¿Lo que asimila en qué se sostiene y se defiende?

La misma pregunta hicimos no hace mucho en un coloquio que celebramos en uno de las más importantes ciudades universitarias alemanas, integrado en su mayoría por universitarios y algunos sacerdotes españoles, a los cuales todo se les iba en decir: asimilemos el existencialismo, asimilemos el marxismo, asimilemos a Heidegger, asimilemos, asimilemos... No se vea en este planteamiento una mera cuestión de pugna sobre quién es más fuerte. Sencillamente, si se trata de asimilar debemos de antemano estar de acuerdo con la consistencia o mera entidad del que asimila. Si el énfasis se pone en lo que hay que asimilar descuidando el elemento asimilar, se corre el riesgo de que éste se disuelva a fuerza de tantas —aunque, por lo general, bien intencionadas— asimilaciones. Tal vez la cuestión se reduzca a un deslizamiento de acento o de énfasis. Los matices son de extraordinaria importancia en la vida intelectual y constituyen el factor infalible que define al intelectual del que no lo es. Y la prueba de que lo que decimos tiene su importancia para el mismo García Escudero es que éste escribe tímidamente y como perdido en medio de un párrafo: “dar vista a la derecha me parece necesario” (pág. 382). Al menos creemos no tendrá inconveniente en admitir que se asimila siempre agudizando la vista para no perder el punto de referencia. Hubo tiempos en que la frase de Mella “si desaparecieran los frailes los liberales se quedarían sin programa” parecía tener plena vigencia. Hay algo en las izquierdas que se explica siempre, cuando no por su afecto antisobrenatural, por vivir del viejo tronco de las derechas. Pero recientemente hemos oído entre nosotros hablar tanto de tales clases de asimilaciones que a fuerza de oírlas ya duda-

parece. A este juicio, respetable por venir de un escritor de su solvencia, podríamos aducir otros de no menos prestigio como son, por ejemplo, el del general Kindelán, que siendo protagonista importante de nuestra Cruzada se convenció de que se trataba de una Cruzada, según escribe, leyendo el libro y parándose a reflexionar sobre la polémica que tal término suscitó; o el juicio de una de nuestras primeras cabezas, el P. Ramírez, que en su crítica elogia la oportunidad del libro y la exposición de una lucha que no se acabó en abril de 1939, con ciertas corrientes de tergiversación, de falsificación o simplemente de preterición, ante las cuales considera a esta obra como el mejor antídoto^s.

Es el mismo García Escudero quien en otro pasaje de su obra, fuera del capítulo en cuestión, escribe lo siguiente: "Y es oportuna la observación que hace Vicente Marrero de que si José Antonio se hubiese encontrado ante la paz, habría tenido necesidad de recurrir a los textos políticos de su primera formación: a las ideas de un Mella, por ejemplo, sobre la "soberanía social" y al maduro pensamiento corporativo del carlismo, no, naturalmente, como falsilla, pero sí como inspiración más válida que los textos de Ortega. El hecho de que José Antonio habría estado perfectamente preparado para ello es una prueba más del equilibrio que consiguió" (página 372).

Con honda satisfacción vemos cómo corrobora García Escudero este parecer, ¿pero se ha preguntado si alguna vez ha afirmado algo parecido el equipo intelectual del cual dice que no nos separan grandes diferencias? Podrá dejar reducida la cuestión a una mera situación de acentos, pero nos resistimos a creer que tales acentos no tengan su importancia.

Finalmente, lo que García Escudero dice de la indiferencia de la juventud merecería un capítulo aparte, así como su deseo de que se acabe de una vez la polémica entre intelectuales católicos. A su juicio, no hay motivos para tanto: es preciso que todos nos

^s KINDELÁN, Alfredo: *Nuestra Cruzada comienza a interpretarse*. "Diario de Barcelona", 27-I-1962, pág. 5; *Nuestro Movimiento de 1936. De golpe de Estado a Cruzada*, PUNTA EUROPA, núm. 81, enero 1963, pág. 115.—RAMÍREZ, Santiago, O. P.: *La guerra española y el trust de cerebros*, "La Ciencia Tomista", núm. 90 (1963), págs. 361-362.